

## El trámite

Recorrés las calles de esta pequeña ciudad y te negás a sentir que el paraíso existe. Después de dos horas de ruta, con una lluvia torrencial que comenzó apenas saliste de tu casa, se te enciende la alarma de la camioneta. Estás casi sin nafta. Buscás la estación de servicio de Menéndez. Aunque ya dejó de ser de Menéndez hace años, acá la llaman así, como si nunca hubieran aceptado los cambios que el tiempo impuso. -¿Súper? -te pregunta un chico de rostro inerte. -Premium –respondés de manera agría, y no entendés por qué no sabe qué tipo de nafta lleva una camioneta como la tuya. Demoran demasiado para tu gusto. Sacás la tarjeta para pagar con la intención de que se apuren. -No aceptamos tarjetas de crédito, solo efectivo –Escuchás, y, en un gesto que evidencia tu descontento, te das vuelta, agarrás tu bolsón de cuero, sacás la billetera Gucci y tomás un manojito de billetes. Los entregás y acelerás sin saludar ni esperar el vuelto. Es comprensible que no te resulte grato volver. A menos que pienses en los amigos que dejaste, en los amores perdidos y en el campo de tus padres que en minutos más estará alquilado. Llegás a la escribanía con el ensordecedor repiqueteo de la lluvia en el techo del auto, estacionás y medís la distancia hasta la puerta. Entonces estimás que al tocar el timbre del lugar tendrás el pelo lánguido, la remera maltrecha y los pies mojados, y no te equivocás con tu predicción. Subís la escalera de piedra verde claro y te acomodás en un sillón de roble de patas torneadas y tapizado obsoleto. En realidad, todo te resulta obsoleto, desde la blusa de la mujer que atiende hasta el repicar de la máquina de escribir que escuchás al fondo. ¿Por qué todas las escribanías tienen que ser vetustas, grises, aburridas y viejas? Oís el timbre nuevamente y te altera su estridente pitido. Te altera de tal modo que pegás un

salto en la silla. Llegan dos personas, te saludan muy amables y les retribuís el saludo sin sonreír. No querés conversar, no querés encariñarte con la calidez de la gente, no querés encontrarte con quien fuiste alguna vez. Pasan a una sala, leen, firman, cuentan billetes, los dividís proporcionalmente en dos sobres y los guardás en el bolsón de cuero. Para terminar con el trámite, tenés que ir a la casa de tu hermana, dejarle la parte que le corresponde y acompañarla a esparcir las cenizas de tu papá en el campo, como él pidió. Te resulta muy absurdo tener que meterte en el campo con este día horrible y gris solo porque fue su último capricho. Pero no querés discutir una vez más, solo querés hacer todo rápido y después irte para no volver. Volver. Una daga en tu pecho. Una extraña sensación de nostalgia, de tristeza y fracaso. Para que el resultado no sea exactamente ese, decidís conectarte con quien sos. Tenés un marido que te complace en todo, tres hermosas hijas y una exitosa carrera de abogada devenida en ama de casa. A veces te sentís sola porque tu marido llega tarde; o vieja, porque tus hijas prefieren la compañía de sus amigos. Pero la vida de la ciudad es fantástica. Te permite tomar clases de yoga y reunirte en el club con tus amigas, a quienes te toca seguir en sus largas charlas de madres y esposas. Podés hacer lo que se te dé la gana, total, tu marido se va a las ocho de la mañana, no vuelve hasta la noche y ni siquiera te reclama, es más, muchas veces cuando lo llamás no te atiende porque está en reuniones. Das vuelta en la avenida, segundo semáforo a la derecha, dos cuadras más adelante ves la ferretería de tu hermana Gladis. Va a ser rápido, pensás: el sobre con el dinero, el campo y te volvés. Estacionás. Te quedás vacilante en el asiento. El color manteca de sus paredes, la puerta pesada de hierro de la entrada y los tantos recuerdos que atesora el lugar. Hasta parece que vuelve el alivio que te producía

encontrar a tu mamá allí parada, cuando cada tarde doblabas la esquina en dirección a tu casa. Sentís una puntada en el pecho y al segundo otra más fuerte, sujetás el corazón con la mano. Parece ser la única manera de intentar que no aflore lo que resistís. Tu hermana te saluda con un abrazo que al principio no retribuís, pero en pocos segundos su calidez te inunda y te aferrás a ella para que no se aparte, para que la sensación de desarraigo no te siga oxidando. Sus manos regordetas en tu espalda y la cabeza hundida en tu hombro, te rendís ante su contacto tan sincero. Te está esperando con el almuerzo listo, “milanesas con puré”, te dice. El olor a comida casera, todo tan simple. Te observa y te ofrece ropa seca. Reparás en ese momento en que estás ridículamente empaquetada, como si fueras un regalo de cumpleaños con el mejor moño. Entonces te presta un jogging color verde claro -que te queda demasiado holgado- y unas zapatillas que a simple vista detestás pero que enseguida te recuerdan la extraordinaria sensación de usar un calzado acolchado y cómodo. Pensás en qué dirían tus amigas del club de regatas. ¿Por qué tu hermana es tan amable con vos cuando nunca la ayudaste con la enfermedad de tu papá y con la ferretería? ¿Por qué te prepara un almuerzo tan sabroso y te cuenta de su vida como si fueran amigas? Las respuestas aparecen cuando terminás el café: porque tu hermana siempre fue así de servicial, despreocupada, desinteresada y feliz. Y también tu cuñado, que llega media hora más tarde y le da un beso en los labios y le hace un cariño en la espalda; y tus sobrinas, que te tratan como si fueras a almorzar todos los domingos. Tu cuñado le cuenta a Gladis que nació la beba de Felipe con casi cinco kilos. Ella recuerda que aún no terminó de estampar los juegos de sábanas que le prometió, y pensás que es mucho más fácil comprarlas, pero no se lo decís porque te suena a ofensa, aunque no entendés bien por qué. Después, él

nombra a Gabriel y te invaden la añoranza, la cobardía y la culpa, las tres juntas y a la vez. Gladis te mira inquieta, ella lo sabe. Ella te venía avisando que Gabriel estaba enamorado de vos y en el casamiento de Raúl pudiste comprobarlo. Te dejaste llevar por la vanidad de saberte deseada. No podés irte sin verlo, pero a esta altura no sabés si es una buena idea o una muy mala excusa para quedarte. Mirás varias veces el visor de tu celular, como si esperaras que Flavio o tus hijas te llamaran alguna vez. Pero nadie lo hace. ¿Por qué viajaste sabiendo que iba a llover y que de ser así no podrían llevar las caprichosas cenizas de tu papá al campo? El sonido sobre la chapa del techo te molesta. Demasiado. Son martillazos en tu cabeza, insistentes, insoportables. Como la presencia impalpable de Gabriel. Mirás por la ventana varias veces con la esperanza de que la lluvia pare y los truenos desaparezcan, pero el cielo cada vez se cierra más. Y tu hermana decide por vos, porque te comenta que esa noche te quedarás en su casa e irán al campo al día siguiente cuando salga el sol. Empezás a sentir que ya no sos dueña de tus decisiones. Y te dejás llevar, porque l a s e n s a c i ó n en algo te recuerda a quien eras, un ser extremadamente sensible y fácil. Sospechabas antes de llegar que Gladis te tenía envidia, pero ahora creés que lo que te tiene es lástima. Y eso sí es esclarecedor. Tu cuñado aparece mojado de pies a cabeza, trae un costillar y un gancho con chorizos de campo. Ves las huellas de sus pisadas barroas y pensás que tu hermana lo va a matar. A cambio lo mira apacible y seca el piso de mosaico antiguo sin detenerse a pensar en lo que hace. -Parece que hoy tenemos asado –te dice orgullosa. ¿Por qué él tiene ganas de hacer asado un día de lluvia? Tu hermana pareciera escucharte y te comenta: -Le encanta hacer asado cuando tenemos invitados. Los jueves son días de truco y ese jueves toca

en su casa. La noche te encuentra con el jogging verde agua cayéndose de tu cintura, zapatillas blancas colegiales y la remera Armani bordada con hilos dorados, en medio de la gente que te conoce de toda la vida, haciendo una ensalada de papas y huevo duro. Y cuando la terminás te unís a las mujeres que están en la vereda, sentadas en los bancos que sacaron del jardín. Ni bien ven que te acercás, te indican dónde sentarte, como si estuvieran atentas a tu llegada. Conversan de los problemas de sus hijos adolescentes, de los defectos de sus maridos y de lo difícil que es llevar una vida de casada durante tantos años. Entonces te preguntás por qué nunca hablaste con tus amigas más que de los logros de tus hijas, de las bondades maritales, de la felicidad del matrimonio. Ese lugar y ese pueblo te hacen sentir a Gabriel tan presente que te quema el cuerpo al recordarlo. Buscás una respuesta racional, el hecho de escuchar su nombre te produce una especie de adormecimiento consciente, igual que el vino que te estás tomando, que se apodera de tu sangre de a poco pero con contundencia. Como si el oráculo te lo hubiera anunciado, girás tu cabeza hacia la avenida y ves acercarse una silueta, nítida en la oscuridad. Varios kilos más en su barriga, bastante pelo menos, las sienes más anchas. Una sonrisa. Un viaje a la noche en que tu Dios fue otro. Entendés, en ese momento entendés por qué no te gusta volver. Se da cuenta de que estás. Se mueve nervioso entre los saludos, entrecruzan miradas más tiempo del que podés soportar. Lo evitás. Tu hermana te mira y asiente con la cabeza. Pero no entendés por qué asiente, si no le pediste opinión al respecto. Aun así, su gesto te llena de alivio. Suena el celular, es Flavio. Atendés solo porque tenés que avisar que no vas a volver, que esta noche te vas a quedar ahí. Él ni siquiera se acordaba de que habías viajado. Preferís mantenerte alejada de Gabriel para

que no suceda lo mismo que la última vez, cuando se enredaron en el auto y terminaron dándose unos cuantos besos y algunas cosas algo más intensas. Dejás que se ubique primero y te sentás bien lejos, aunque eso sea inútil porque su vibración te llega, te abraza, te inhibe. Te levantás, ilusa de pensar que moviéndote estarás mejor, ayudás con el café. Tu cuñado invita otra ronda de whisky. Te vas al garaje para tomar aire fresco ahora que la lluvia paró aunque sea unos minutos. Te apoyás en la pared, buscás en el bolsillo del jogging un cigarrillo, lo encendés, das una pitada larga y devolvés lo que sobra. Siempre devolvés lo que sobra. Te perdés en el vacío de la calle. Y pensás, por primera vez en esta odisea pensás, qué es lo que aún te une a Flavio. Pero llega Gladis, te toma del brazo y te lleva a caminar por la avenida. Solo comparten el silencio, pero ella sabe lo que tu silencio significa. -Perdón, pero no sabía que iba a venir -te dice-. Hace mucho que no aparece. La vuelta manzana se demora, porque pasan por el parque de ahí cerca, y después por la casa donde vivía tu mamá cuando llegaron del campo, y después por el club donde salían con los tractores disfrazados de comparsas que tu papá manejaba. Comienza a llover nuevamente, las gotas frías y grandes les caen de los árboles. Se apuran los últimos metros y al llegar ves a Gabriel parado en la puerta de la ferretería, con su vaso de fernet. Tu hermana te suelta y entra por el portón entornado. Pareciera acatar una orden sublime que nunca le diste. Gabriel no se acerca y vos tampoco. Él siempre te tuvo precaución, y con ese mismo cuidado te sonrío, como pidiendo permiso. Y agradecés que no se dé cuenta lo que su sonrisa te causa. Se quedan mirando las alcantarillas de las calles, el agua está llegando casi a la puerta de la casa. -Parece que vamos a tener inundación en el acceso -Lo mirás con terror y se ríe de tu gesto-. No es tan grave -sigue- una vez nos

pasó que tuvimos que quedarnos en la casa de Juan porque no pudimos irnos. En ese momento caés en la cuenta de lo que trata de decirte, y no sabés si es el trueno que oís tan estridente o el susto que te generan sus palabras, pero pegás un salto. Las luces se hacen intermitentes y al segundo la electricidad se interrumpe. Quizás la oscuridad le da coraje para el pequeño reclamo que viene luego. -Nunca devolviste mis llamados. -No me pareció lo más correcto. -Me alegro que estés tan bien. -¿Y quién te dijo que estoy bien? Su mirada inquisidora quiere descifrarte. -Las apariencias engañan -te aclara. -Siempre, le respondés. Y entrás, porque escuchás los gritos divertidos buscando velas y encendiendo calentadores, y estás temblando, aunque no podrías jurar que sea por el frío. Forman una ronda grande, con dos luces a kerosene en el medio, los hombres terminan su jugada y las mujeres reparten la ambrosía que trajo Mary, un postre que no sabías tan sabroso. La lluvia se adueña de la noche y de las calles. El agua llega a la vereda. Buscan una solución de dónde y cómo van a dormir. Acomodan colchones que bajan del altillo y tu cuñado trae remeras viejas. Te acordás de pronto de las pijamadas en el galpón del fondo con las chicas del secundario, una de las cuales estaba ahí. Y era tu hermana. Era tan fácil divertirse en esas épocas, tan simple la vida. Los bailes en las casas, la vuelta a la plaza, estrenar un vestido comprado en la tienda de la turca, tomar el lechero que te llevaba a la otra ciudad, donde funcionaba el único boliche que había en cien kilómetros a la redonda. Siempre fue un lugar chato, pero dentro de esa chatura tu vida transcurría en el oleaje de las pequeñas cosas que le daban un sentido más certero a la finitud en la que te desplazabas. Al día siguiente, al despertar, descubriste que todos se fueron. Pero vos estás ahí, invadida por una tropa de sentimientos contradictorios, infantiles, inútiles. Abrís un ojo despacio, quisieras

inventar una máquina que ralentice el tiempo, que lo detenga en ese instante, en el olor a café con leche y tostadas mezclado con hierba mojada y lluvia residual. El olor de la madera que se hizo cenizas y del tabaco de los puros que algunos fumaron. El olor de la infancia que aún llevás pegada en la piel. Te dejás caer en la almohada, sabés que al terminar el día todo volverá a la estúpida realidad que te abarca. Querés quedarte mirando al techo, querés retener su expresión socarrona por el truco ganado, o su perfil delineado en la penumbra, el color de su piel curtida por el sol, el pergamino de sus años agrietados en la expresión. Querés quedarte un rato más con los momentos que imaginaste toda la noche, la vida que hubieran vivido, los hijos que hubieran compartido, los amigos... La plata que nunca habría alcanzado, la feliz monotonía del pueblo más cercano. No sabés realmente si hubieras sido capaz de tanto. Te levantás mientras recordás lo obnubilada que estabas cuando conociste a Flavio, tan esbelto, omnipotente y poderoso. Cuando te prometió una vida de princesas que nunca tuviste porque las princesas que imaginabas también eran felices. Vas al baño. Te lavás enérgicamente el rostro con agua fría, te sacás el camisón que te prestó tu hermana y aparecés con el mismo jogging del día anterior –te hiciste adicta al jogging-. Prendés el celular, ninguna llamada perdida. Desayunás y apurás la mañana para ir al campo, aquel que no visitás desde hace más de una década, aquel que tus hijas no conocen porque Flavio detesta. Pasan el imaginario de la tranquera que ya no existe, andan por el camino rodeado de álamos y cuando llegan al establo estacionan. Bajan de la camioneta. Vos con tu papá en una cajita que llevás como la mejor de las joyas, tu hermana con unas flores para la tumba de tu mamá. Caminan unos metros en silencio, ella se agacha, limpia con la palma de su mano la lápida de tu madre y le da un beso. Hacés lo mismo,

porque es lo que se hace en estos casos: imitar al otro cuando ya no se puede más con uno mismo. Miran el campo de norte a sur, de este a oeste, y esperan que el viento sople fuerte para esparcir las cenizas. Abrís el cofre, estirás los brazos y el viento hace lo suyo con tu papá y lo separa de ustedes. Se forma una nube gris que se diluye de a poco en el aire, y flota y baila como si tu padre le diera vida a la silueta de humo. Las lágrimas comienzan a fluir. Sin sollozos, sin alaridos, solo fluyen silenciosas. Pedís perdón por tanto desarraigo, por tanta aspereza, perdón por no haberlo visitado aun cuando sabía que se moría y quería verte. Perdón por no haberlo perdonado en vida y dejar que se vaya con el remordimiento en los labios. ¿Quién eras vos para juzgar su estupidez? Si al fin y al cabo siempre había sido igual de terco, malhumorado y obstinado... Te quedás absorbiendo el paisaje llano y áspero del maizal que visualizás al frente, ahora velado por las lágrimas. Te quedás con los brazos abiertos, como si eso te hiciera volar para acompañarlo mientras se aleja y las despide. Cerrás los ojos y seguís llorando. Y estás tan dentro tuyo que ni siquiera percibís que tu hermana tapa sus lágrimas para contenerte. Pone la mano en tu hombro y lo masajea. Pero su cariño te inquieta, no estás acostumbrada a la proximidad de la gente. Vuelven a la ferretería y en vez de entrar, salís a caminar. Sola. Tenés la sensación de haber vuelto de la guerra, de haber perdido las investiduras en el camino, de haber peleado contra todos los dioses de una vez. Recorrés el almacén de Gutiérrez, la panadería de los hijos de Tincho y la tienda todo terreno del pueblo. La plaza te recibe y te quedás en un estado de fluctuación en el que el mundo queda suspendido y las leyes de gravedad no existen. Los sonidos de una escuela en plena salida te devuelven a donde estás, al banco en el que permaneciste en un tiempo paralelo. Debés irte, ya es tarde. Debés irte, sí, pero

no sabés cómo ni a dónde. No encontrás fuerzas para volver al departamento de Coronel Díaz, amplio, grande, vacío, obsoleto de plenitud. No encontrás razones para levantarte de aquel banco donde te sentabas a esperar a Gabriel cada mañana para entrar juntos al colegio. Ni razones ni alicientes ni entusiasmo. Las chicas ya están en la facultad y viven solas, una de ellas en Barcelona por una beca. Llegar a una casa de música clásica y copas de cristal, donde el aburrimiento se volvió cotidiano, donde el silencio casi que te lastima, donde te encontrás sola cada noche. Solo hay algo que hace que te levantes, una ruta trazada en tu inconsciente, una ruta corta, de apenas unas cuadras de pueblo, una ruta que levitás hasta llegar. No entendés, no sabés qué te llevó hasta allí, pero estás a metros de su negocio. Dentro de tu desolación, sentís que hay una pequeña esperanza de vida y te aferrás a ella como un toro se obstina en una tela roja. Te recostás en el umbral de una ventana en la esquina, calculando que ya es hora de que los negocios cierren para la sagrada siesta. Justo enfrente. Y esperás. Siete minutos más tarde sale el último cliente, un minuto más tarde la persiana metálica baja de a poco y paulatinamente tus pulsaciones aumentan. Las luces se apagan y sabés, sentís, que es el momento de ir. Observás su andar campechano y lento, su barriga prominente. Las piernas te tiemblan demasiado, te sudan las manos y el mundo vuelve a quedar en suspenso. El mundo, pero no vos. Vos ya no levitás entre el debe y el haber. Entre el deseo y la obligación. Vos sabés lo que querés. Por eso te incorporás, respirás y exhalás fuerte, cruzás la vereda y te decidís a escribir en primera persona las páginas que faltan de esta historia.